

CACILLA ALFONSINA

—Pero, ¿dónde? —preguntó María.  
—¿No me parece que parece indigino?  
—¿Dónde? —preguntó María.  
—¿No me parece que parece indigino?  
—¿Dónde? —preguntó María.  
—¿No me parece que parece indigino?



me dije al despedirme de mi lo que ha de  
ser tarde que sea temprano.  
La casa que he tomado para ir a  
miy bonita y tiene un pedazo de jardín. La  
el terreno que he tomado que no es  
casi: gana ochenta pesos.  
El trabajo es triste, ciertamente, pero  
las vivas tranquilas. Como hay sereno  
de travesada y de algunos pedos  
ver fácilmente a medio, siempre, que  
quiero, y con toda comodidad.

XXVI

Don Juan, en su carta, recomendó a doña Dolores que cuanto antes estuviera lista para el viaje.

“Todo queda arreglado,—le decía—los operarios se dan prisa, y según me ha comunicado hoy el encargado de la finca, dentro de veinte días, esto es, allá por el día de San Juan, podrá entregármela, y tú instálarte en ella. Le he suplicado que active las obras, en vista de que la familia que debe ocupar la casa no tardará en llegar. Bueno será que ustedes no pierdan tiempo. No hay necesidad de comenzar a pagar la renta inútilmente. Ya te dije que vendas cuanto tienes, y sólo traigas aquellas cosas de las cuales no debes deshacerte. ¡A qué traer cachivaches! Si no encuentras buenos compradores, deja todo guardado en una bode-

ga. No te faltará en Pluviosilla una persona segura que se encargue de ir vendiendo todo poco á poco. No pienses que quiero obligarte á venir pronto, pero, como allá me dijiste al despedirte de mí, lo que ha de ser tarde que sea temprano.

"La casita que he tomado para tí, es muy bonita, y tiene un pedazo de jardín. En él tendrás tus flores. Me parece que no es cara: gana ochenta pesos.

"Tacubaya es triste, ciertamente; pero allí vivirás tranquila. Como hay servicio de tranvías cada veinte minutos, podrás venir fácilmente á Méjico, siempre que quieras, y con toda comodidad.

"¡Ojalá que ya estén aquí para el día 24! Me daría mucho gusto nos acompañaran en la fiesta.

"Tendremos sumo placer en hospedarlos acá. El entresuelo está para eso que ni mandado á hacer. Allí estarás, y con toda independencia, mientras te instalas en tu casa.

"Conque ya lo sabes: no hay que perder tiempo. Date prisa, y si te falta dinero, avísamelo. Ya sé yo cómo se va en casos como este.

"Pablo tendrá empleo en mi escritorio, desde el primer día de julio. Hoy dije al cajero que dentro de un mes estará aquí la persona que debe de substituirle."

Terminaba don Juan enviando saludos para todos, y transmitiendo recuerdos de doña Carmen y de María.

No tardó la dama en ponerse á la obra. Desde el siguiente día aceleró el empaque, y con ayuda de las Pradilla el trabajo iba avanzando que era una gloria. Las buenas mujeres, podemos decirlo así, se fueron á vivir en la casa de la familia Collantes: llegaban temprano, después de haber oído la misa del P. Anticelli, y permanecían allí mañana y tarde. Ramoncito las llevaba á su casa después de la cena.

¡Y qué listas y diligentes eran las Pradilla! Para ellas no había dificultades. ¡Con qué habilidad encajonaron la incompleta vajilla! ¡Cómo supieron empacar cuadros y chirimbolos de la sala!

Doña Carmen se consagró á lo referente á las alcobas, y se pasaba el día vigilando á los carpinteros que desarmaban y arpillaban muebles.

Margarita se ocupó en el jardincito. La bionda niña no puso mano en sus plantas predilectas sin que una lágrima le anublara los ojos. Regaló á sus amigas los mejores y más curiosos rosales, y las más doctas calateas. Marta, Lupé y Clara fueron preferidas, y al buen P. Anticelli le tocó un lote de soberbias begonias, las hilanderas más hábiles, y las tejedoras más artísticas del mundo vegetal. Algo se llevó Conchita Mijares: una palmera elegantísima, un ejemplar soberbio.

Vino la chica al otro día de la representación.

tación; vino, como lo había anunciado, á contar sus emociones de la vispera, el éxito del monólogo y los esplendores de la ovación que le habían hecho. No fué muy larga la visita de la casquivana chieuela: tenía mucho que hacer; necesitaba ir a otras partes, y además iba á comer con las hermanas de Arturo para charlar de la representación y del baile. ¡Habían bailado hasta las seis de la mañana, y estaba rendida! ¡No había cerrado los ojos! ¡No había podido dormir! ¡Las emociones de la vispera la tenían agitada y nerviosa!

Ramoncito quiso repetirle una de las décimas en que la celebrara Arturo; pero Margot y doña Dolores no se lo permitieron. Ya Conchita se sabía de memoria todas las espinelas, y á la menor insinuación, se soltó recitándolas, entre ruborizada y satisfecha.

Margot no pudo resistir á la tentación de decirle que obsequios tan galantes por parte de Arturito era indicio de profundo y lírico amor.

Quiso replicar la chieuela; quiso replicar con referencia á los "primos," y principió á hacerle con gran rubor de Margarita. Pero aun no hablaba claro la Conchita, cuando Ramón, que por su verba cáustica inspiraba miedo á la monologuista, saltó diciendo algo que ésta no quiso oír, y entonces exclamó:

—¿Y qué vas á hacer con todas estas plantas? ¿Vas á venderlas? ¿Las vendiste ya? ¡A que vas á regalarlas!

—Voy á regalar algunas. Otras, las que eran de papá, las dejaré á guardar. Marta, que es muy eficaz para todo, me las cuidará al pensamiento.... Después.... yo procuraré que me las manden.... cuando estemos instaladas, luego que pase el invierno!

—Pues yo, hijita.... no he de quedarme sin un recuerdo tuyo! ¿Qué tiesto vas á darme? ¿Escojo?

—Como no sea entre estas macetas que eran de papá,—replicó Margarita, señalando los diversos grupos—ni entre éstas que están destinadas al P. Anticelli, elige.

—Pues.... ¿cuál escogeré?

Concha vacilaba entre un anturio floreciente, de hojas aviteladas y brillantes, elegantísimo con su espata purpúrea, y la grácil y cimbreante palmera.

—¿Una nada más?

—¡Solamente una!...—contestó Margot, dulcificando con una sonrisa la franca negativa.

—Pues entonces, ¡mi linda Margot! ¡mi encantadora Margot! entonces... esta palma! ¡Es tan aristocrática!

—Tuya es.

—Oye: y.... ¿cómo se llama?

—"Euterpe edulis."

—¡Pero, mujer! ¡Qué nombrecitos! ¡Eso parece latín de curas!

Chocó á todos la última exclamación. Ramoncito se apresuró á decir:

—¡Conchita, por Dios! ¡Cómo se te echa de ver que vas en camino de ser... la señora Mijares... de... Sánchez!

—¿Por qué?

—Porque te vas volviendo librepensadora como tu... flamante novio. Como Arturo.

—No es mi novio.

—Pues quiere serlo.

—No sé. ¡Vaya usted á saber las intenciones de las gentes!

—¿Librepensadora yo? ¡Por Dios, Ramón, qué lengua la tuya!

Y en tono afable, medio contrariada, medio risueña, dirigióse á Margarita:

—De veras... seriamente: ¿cómo se llama?

—¿Quién? ¿Tu poeta?—interrumpió Ramón.

Conchita le miró disgustada; pero pronto le pasó el enojo, y se echó á reír.

—Margot: ¿cómo se llama esa planta?

—“Euterpe edulis.” Es brasileña.

—¿Euterpe?... ¡Euterpe!... ¿No es el nombre de una diosa?

—¡De una de las musas!—dijo Margarita.

—¡Qué bonito nombre! ¡Me gusta! ¡Me gusta!

—¡Cor. razón!—exclamó Ramón.—Eres novia de un poeta... y la planta tiene el nombre de una de... “las nueve hermanas!” ¡Destino el tuyo más poético!

Concha fingió que no oía las burlas del chico.

—¡Pues mil gracias! ¡Mil gracias! Y... me voy, que estarán esperándome... ¡Adiós! ¡Adiós!

Y abrazó y besó precipitadamente á Margarita. En seguida se despidió de Ramón, dándole la mano con indolente y teatral elegancia.

—¡Adiós! ¡Ah, Ramón! ¡De pagármela tienes!

Iba á salir, y se detuvo:

—¿Y Elena? ¿Y tu mamá? No puedo detenerme... Me despides de ellas.

Salía ya, y volvióse:

—¿Mando por el tiesto ó me le mandas tú?

—Ya irá.





una mudanza y tenía el comedor en su  
 parte de atrás un gabinete mimosin cortezas  
 reñachado como de las de alegría.

El momento pensaba con terror en el mo-  
 mento de la partida como si fuera a dejar  
 se en Pánuco la mitad del corazón. La  
 pobre muchacha huída desde la infancia  
 se encontró en don Ramón y en doña Do-  
 lores algo de los que el cielo le ha  
 da quitado y en Margarita y en Elena así  
 como en Pablo y en Ramoncito, hermanos

## XXVII

Ocho días después todo estaba empaçado,  
 y Pablo había principiado á remitir bultos  
 y cajas, que en espera de sus dueños, al lle-  
 gar á México serían almacenados en una  
 bodega. Así lo había dispuesto don Juan,  
 quien, en carta reciente, se felicitaba de la  
 rapidez con que doña Dolores había pro-  
 cedido. No así el momento mas oportuno

Poco se habían dejado: cámaras, tocado-  
 res, unos cuantos muebles de la sala, la me-  
 sa del comedor y media docena de sillas.

El jardín parecía talado. Escuetos los  
 cuadros principales, muy raros otros, vacío  
 de macetas el corredor, daba tristeza aquel  
 patio días antes, en florido y engalanado  
 con mil follajes. Resto de aquella desapa-  
 cida hermosura, en la tapia fronterá al co-  
 medor, las trépadoras se inclinaban al peso  
 de sus copiosos ramilletes. A la entrada, en  
 sus macetones y en sus cajas arboríferas,

las azaleas, como que lamentaban la próxima mudanza, y frente al comedor, en su jaula dorada un canario mimosín gorjeaba regocijado, ebrio de luz y de alegría.

Filomena pensaba con terror en el momento de la partida, como si fuera á dejarse en Pluviosilla la mitad del corazón. La pobre muchacha, huérfana desde la infancia, encontró en don Ramón y en doña Dolores algo de los afectos que el Cielo le había quitado, y en Margarita y en Elena, así como en Pablo y en Ramoncito, hermanos cariñosos. Como hermana la veían y la rataban; pero ella procuraba no salir del sitio en que la suerte la tenía colocada, y no era más que una criada afectuosa, obediente, fiel y sumisa. Cuando la familia vino á menos, y fué preciso despedir uno por uno á los demás criados, Filomena no lanzó una queja, y en el momento más oportuno, dijo á doña Dolores:

—Señora: escúcheme usted lo que tengo que decirle. Comprendo que estos tiempos no son como los de antes; sé muy bien que ahora es preciso vivir de otra manera. . . . Yo á vd., lo mismo que al señor don Ramón, que estará en el cielo, les debo todo: ustedes me recogieron, me criaron y me educaron; aquí aprendí todo lo que sé; ustedes han sido como mis padres; las niñas y los niños han sido como mis hermanos, y todos me han querido mucho, y yo lo

agradezco mucho, mucho, como puedo, con todo mi corazón y con toda mi alma. Ustedes han sido tan buenos conmigo, que, no conformes con haber hecho por mí tantas cosas, me señalaron sueldo, y buen sueldo, como si yo fuera una extraña de esas que sólo sirven por la paga, y que sólo por interés del dinero atienden bien á sus amos. . . . Ahora son otros los tiempos: no quiero sueldo: ni usted me lo ha de dar, ni yo, si usted me lo diera, lo había de recibir. Que se vaya la otra criada. Yo me quedaré sola, pero no importa, mejor que mejor, y, como dicen, mientras menos bultos más claridad. Yo me basto y me sobro para el quehacer de la casa. ¿Qué necesidad hay de que criadas extrañas, de esas que no caben en ninguna parte, que hoy están aquí y mañana allá, que andan de casa en casa, que son, como decía en ocasiones el señor, enemigos domésticos, que cuentan en todas partes lo que hacen y dicen en las familias donde están ellas sirviendo! ¿Qué necesidad de que vean nuestras pobreza y nuestros apuros? Me quedaré sola, sí, solita. Y si cree usted que no soy útil, me iré, no ha de faltarme acomodo, que yo no soy ingrata, y no porque me vaya me he de olvidar de ustedes, y las he de querer como siempre, y vendré á verlos seguido, siempre que pueda; y hasta podré auxiliar á usted con lo que yo ga-

ne; que yo procuraré que me paguen bien mi trabajo, pues para eso me mandó usted á la amiga, y me enseñaron acá á ser mujer de trabajo y para todo. Pero,—y la excelente muchacha, llenos de lágrimas los ojos, trémula y con la garganta anudada, no sabía cómo seguir hablando—pero... considere vd.: yo no quiero separarme de esta casa, no quiero, no puedo, no puedo! ¿Verdad, señora, que no me dejará vd. irme? Si me voy ha de ser para auxiliar á ustedes con lo que yo gane... Sí, no, no!

La joven secó sus ojos con la punta de su limpio delantal, y sin mirar á su señora siguió diciendo:

—Yo creo... Hace muchas semanas que me paso las noches pensando en esto, sin poder dormir, asustada, como si me fuera á pasar una gran desgracia... Yo creo que si me separo de ustedes me voy á morir.

Filomena no pudo más y se echó á llorar.

Doña Dolores la abrazó dulcemente, la calmó y le dijo:

—No, Filomena: no te separarás nunca de nosotros. Te quedarás tú sola, porque, tienes razón, para qué se han de enterar extraños de nuestras pobreza y de nuestras amarguras. Margarita y yo te ayudaremos... Tú eres como cosa nuestra, como hija mía. Ya sabes que mi Ramón, antes de morir te dejó recomendada.

—Y á mí también me encargó que cuidara á vd. mucho y sobre todo á la niña Elena. Y yo le prometí cuidar á todos, y lo he de cumplir!

—Mucho te lo agradezco yo, y mucho te lo agradecen mis hijos. No, mujer, nunca te separarás de nosotros.

En los ojos de la criada, llenos aún de lágrimas, brilló dulce é incomparable alegría.

Y desde entonces mostrósé más cariñosa y servicial, y desde ese día todos la quisieron más, tanto como la muchacha se lo merecía.

La idea de la próxima partida la tenía inquieta y en desazón. En nada encontraba consuelo. Parecíale que aquél viaje era hacia remotísima tierra, como á comarcas extranjeras, donde todo era distinto, donde cosas y personas serían extraordinariamente extrañas y raras; donde hablarían las gentes una lengua que ella no entendería; donde, á juzgar por lo que le habían contado, por lo que le habían referido en presencia suya otras criadas, que habían ido á Méjico llevadas por sus señores, todo era embuste y fraude, oropel y mentira. Muchos palacios, muchos paseos, muchos teatros, muchos coches de lujo, como nunca los habría en Pluviosilla; tiendas magníficas, llenas de artículos de subidísimo precio; dulcerías que parecían salones de bai-

le, así de lujosos é iluminados; muchas gentes, muchas, como en Pluviosilla en días de grandes fiestas, como en las que llamaron de Colón, las fiestas del centenario del descubrimiento de América. . . . Pero al lado de tanto lujo y de tanto dinero, una pobreza como no la había en ninguna ciudad veracruzana; almas perversas; personas falsas; gentes codiciosas; rateros, timadores, mujerzuelas. . . . Todo muy caro, de manera que allí se necesitaba de mucho dinero para vivir. . . . ¡El recaudo carísimo! ¡Las casas, lo mismo! La ciudad inmensa, muy bonita, es cierto, pero hedionda, pestífera. Allí había siempre tifo y pulmonías. . . .

Filomena pensaba en todo esto, y se afijía y acongojaba, y en vano buscaba consuelo en su natural deseo de conocer una gran ciudad, y ni la seguridad de que para la familia iban á principiar, ó habían principiado ya, tiempos bonancibles, era parte á sosegar su espíritu. ¿No era mejor vivir en Pluviosilla? Sí, sin duda que sería más acertado quedarse en aquella ciudad donde siempre habían vivido, la cual, bien visto, no era tan fea, no señor, qué había de ser fea. ¿Habría en Méjico campos como los de Pluviosilla, "callejones" como los del barrio de San Antón, iglesias tan cuidaditas como Santa Marta, un reloj público como el de la Parroquia? Iglesias. . . sí, muy grandes, la Catedral, y otras, pero no tan lindas

como Santa Marta. De lo demás. . . . nada!

La pobre Filomena, en su aficción silenciosa, en su anhelo de alivio para aquella pena que le amargaba la comida y el sueño, llegó por fin á descubrir dos puntos luminosos, que, como dos estrellitas, brillaban allá muy lejos, muy lejos, en la obscuridad de lo futuro: la familia tranquila y sin escaseces, y la Virgen de Guadalupe á quien, por fin, iba á conocer.

Con este pensamiento sonreía y se alegraba á ratos, mientras la señora y las Pradilla bregaban con carpinteros y cargadores; mientras Elena y Margarita andaban en la calle despidiéndose de sus amigas, y la casa iba desbaratándose poco á poco. . . . ¿Qué? ¡Si ya estaba casi vacía!







## XXVIII

Quedó vacía la casa, la cual pudo ser entregada, desde luego, á su propietario, pero doña Dolores, según lo usado y tradicional, en la familia no quiso hacerlo hasta que todo quedase debidamente aseado.

Vino un carpintero, y se le ordenó que revisara aldabas, pestillos y picaportes, y asimismo que pusiera dos cristales en la vidriera del comedor, en lugar de los que habían roto los mozos de cordel á sacar los muebles para empacarlos. Mientras el carpintero trabajaba, tres mujeres lavaban el suelo de las piezas interiores. La familia se había reducido á las habitaciones próximas á la sala, y las señoritas se veían en grave trance cuando llegaban visitantes y éstos eran en mayor número que las sillas que tenían, de modo que fué preciso pedir prestadas unas cuantas á la madre de Martita.

Los muchachos se andaban en la calle

todo el día: Pablo ocupado en remitir bultos; Ramoncito en despedirse de sus amigos, con quienes subía y bajaba, dizque para decir adiós á Pluviosilla, á la cual no había de volver en muchos años, hasta que viniera con un título bien adquirido y en condiciones de que le llamasen el señor licenciado don Ramón Collantes.

En la ciudad no se hablaba más que de la partida de la familia, y aunque todo el mundo, los unos con buena y los otros con mala intención, traían en lenguas á doña Dolores, á las señoritas y á los muchachos, los visitantes eran cada día en mayor número. Todos deseaban comprar alguna cosa,.... pero la señora no quiso vender nada. Alquiló una bodega en el interior de la casa en que vivían las Pradilla, y allí dejó almacenado cuanto creyó que le era inútil, y muchas cosas que á su tiempo le habrían de ser remitidas á Méjico.

El dueño de la casa no volvió en muchos días á molestar á doña Dolores, pero cuando tuvo noticia de la próxima partida de los Collantes, una mañanita, y á pretexto de ver qué reposiciones y mejoras debía hacer en la finca, se llegó muy cortés y muy apenado, disculpándose de la inoportuna visita, así como de la hora en que el buen señor se presentaba. Recorrió toda la casa, y hasta se atrevió,—en uso de sus derechos de propietario—á pretender entrar en las alcobas, de donde Margarita y Elena

acababan de salir. Pero Pablo, que estaba presente, hizo un gesto de disgusto, y, en pocas palabras, manifestó al impertinente que su deseo era poco "correcto;" que ese mismo día le entregarían la casa, y que bien podía esperar unas cuantas horas para cumplir con sus altos deberes de dueño de la finca. El propietario se abochornó, presentó excusas, quiso dar explicaciones, y ya se retiraba, cuando, volviéndose, preguntó á qué hora podía mandar el recibo. Doña Dolores llegó en ese instante, se enteró de lo que pasaba, é indicó que á medio día estaría ella en casa, y que poco después le traerían el recibo. Pablo indicó que no se pagaría más que el arrendamiento que correspondía al mes de junio, conforme á lo acostumbrado, y por mucho que apenas faltaban dos días para terminar la primera quincena. El propietario dijo que la señora tenía compromiso de pagar el arrendamiento de la casa hasta el último de julio. Pablo quiso hacer observaciones, alegando que se cometía un abuso; pero doña Dolores intervino, diciendo:

—No, Pablo: el señor tiene razón. Eso conviene con él. A medio día pagaré la renta de la casa hasta el 30 de julio. Haré el pago adelantado para ahorrarnos molestias.

—Entonces...—murmuró tímidamente el propietario—á las seis de la tarde vendrá por las llaves un empleado mío.

Indignóse el mancebo é iba á contestar con ruda y terminante franqueza; pero la dama se apresuró á responder:

—Si, señor; que venga norabuena ese empleado, pero no por las llaves...

El propietario miró sorprendido á la señora, la cual terminó:

...sino á saber de quién deberá recibir las... el día 30 de julio á las seis de la tarde!... Hasta ese día tengo derecho de conservarlas.

—Si!—respondió su interlocutor—pero... me permito advertir á vd. que no está vd. autorizada para subarrendar la casa... y que si permanece ésta cerrada se humedecerá... y eso será en daño de la finca.

—Cuidaré de que no pase tal cosa... pierda vd. temor!...

El propietario, mohino y contrariado, alzo los hombros, se despidió y se fué.

—¡Ha hecho vd. muy mal, mamá!—exclamó Pablo—¿Por qué no me dejó vd. arreglar el asunto?

—Porque eres de carácter muy ardiente... ¿Has remitido ya todos los bultos?

—Si.

—Pues, entonces... pasado mañana nos iremos...

—Pon á tu tío un mensaje diciéndole que te mande dinero... Me apena tal demanda, pero es ineludible el compromiso... Pides...; de una vez lo necesario! quinientos pesos...

Advierte que tú, de tu sueldo, los pagarás... Suplica que por telégrafo te los sitúen aquí, hoy mismo... Y avisa que pasado mañana nos tendrán allá. Dí que va una criada con nosotros.

—Si, señora.

—Iremos á tomar el tren en Trigales....

¿No te parece? Así evitaremos que algunas... amigas vayan á decirnos adiós. Las Pradilla sí nos acompañarán. Mañana pides un coche especial en la "Administración de los Tranvías." Podemos salir de aquí á las ocho. Antes será debido ir á misa.

Y así se hizo.

Esa misma tarde fueron devueltas sus sillas á la señora de Pérez, y llevados los demás muebles á la bodega. Doña Dolores pensó irse á un hotel, pero no se lo permitieron las Pradilla.

—Vea vd., Lolita,—dijo Teresa—que Pablo y Ramoncito se vayan al Hotel. Ustedes no. En casa se instalarán las tres con Filomena, del modo mejor. ¡Un día como quiera se pasa! En cuanto á lo demás de que hablaba vd. esta mañana, nosotras nos encargaremos de todo; cuidaremos todo lo que se queda guardado; remitiremos lo que vd. nos pida, y abriremos la casa de cuando en cuando, para que no se humedezca. Déjenos vd. la llave, que nosotros la entregaremos el día último de julio.

Sólo Dios sabe cómo se instalaron esa

noche en la casa de las Pradilla, porque éstas no tenían más que tres piezas: una que servía de sala; otra, que era la alcoba, y otra el comedor.

Teresa y Asunción se redujeron á la última, que era muy chica, y dejaron la segunda á la señora y á sus hijas. No era muy grande, que digamos, la tal habitación, pero la diligencia y el ingenio femeniles lo arreglaron todo en un dos por tres. Para Filomena hubo sitio cómodo en un pasillo cerrado que podía servir de comedor.

—Pudimos habernos quedado en la casa hoy y mañana,—decía doña Dolores—pero... ¡cómo deseaba yo salir de allí! Le tenía yo cariño á esa casa, qué digo le tenía, se lo tengo, como que allí pasé tantas horas de amargura. ¡Así es el corazón humano! Con todo se encariña, á todo le toma afecto... hasta con lo que le hizo padecer, hasta de aquello de lo cual tiene miedo y malas memorias...

Cenóse alegremente, si alegría cupo en torno de aquella mesa, y si podía haberla esa noche, en aquella familia que, acaso, por muchos años, no volvería á pisar aquella tierra ni á ver á tan buenas amigas como las excelentes señoras Pradilla, las cuales habían enseñado á leer á Pablo y á Ramón, y que fueron tan cariñosas con Elena y con Margarita, á quienes enseñaron mil cosas de las muchas y muy lindas que sabían hacer.



## XXIX

El día siguiente fué empleado en arreglar mundos y baúles. A eso de las diez de la mañana todo estaba listo. La señora y sus hijas salieron á despedirse de unos cuantos amigos. La primera visita fué para el P. Anticelli.

—¡Irse sin decir adiós al P. Anticelli? ¡Librenos de ello Dios!—exclamó doña Dolores, prendiéndose el sombrero.—Vamos, muchachas. A Santa Marta primero que á ninguna otra parte... No estoy para visitas, pero será preciso hacer algunas ¡Cuidado, cuidadito con decir que mañana es el viaje! Digamos que será pasado mañana. Así nos veremos libres de molestias, y si algunos viene á buscarnos mañana, Teresita se encargará de decir que un telegrama de Méjico nos obligó á salir un día antes.

En la puerta se encontraron á Pablo y á Ramón.

—¿A dónde van?—dijo éste.

—A visitas de despedida!—respondió Margarita.

—Vengan á comer, á la hora señalada... Recuerden que estamos en casa ajena, y que la pobre Filomena tiene todavía mucho quehacer!—advirtió la señora.

—Mamá,—murmuró Pablo al oído de su mamá—acabo de recibir el dinero! Dice el tío, en este mensaje, que mañana nos esperan en Buenavista. Toma. Me han entregado ochocientos pesos.

Y puso en manos de la señora un mensaje y un rollo de billetes.

—¡Tanto mejor!—contestó la dama, rechazando la hoja y los billetes.—Guárdalos, guárdalos!... Arregla cuanto te quede por arreglar... No dejes nada para última hora.

Los jóvenes se fueron, y doña Dolores y sus hijas se dirigieron á Santa Marta.

Entraron en el templo, y rezaron allí unos cuantos minutos.

Sin duda que el P. Anticelli estaría en su casa. Algunas personas le esperaban en el confesonario... Había que aprovechar el tiempo, y á toda prisa se dirigieron á la morada del sacerdote la cual estaba á dos pasos.

Introducidas por un sacristán, tomaron asiento en el recibidor, en espera del buen jesuíta, quien tenía visita en su celda, pero que no tardaría en venir.

¡Qué paz y qué silencio el de aquella casa! ¡Qué aseo, qué modestia y qué orden en ella!

Siempre que Margarita había estado allí se complacía en saborear la dulzura de la tranquilidad piadosa que reinaba en todo, que parecía llenar el ambiente, emanar de los muebles, de los cuadros, de los libros, de las imágenes, y hasta de las flores galanas del patio.

—Esto—pensaba la blonda señorita—es como un oasis en el inmenso desierto de la vida, como puerto de paz y de salvación donde el corazón y el alma encuentran abrigo contra las borrascas y las agitaciones del mundo.

Y la doncella respiraba feliz, y como que se armaba de consuelos para futuras penas y presentidos dolores.

Un sofá, cuatro sillones, una mesita, y un par de rinconeras eran todo el ajuar de aquella sala. En las paredes una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, colocada en modesto marco dorado; frontero á éste un retrato del Vicario de Jesucristo, puesto en otro marco, también dorado, en medio del cual aparecía risueña, bondadosa, paternal y dulcísima la nivea é incomparable figura de León XIII, con los ojos fijos en lo alto, como si á su ruego viese venir de las inmensidades del firmamento infinitos raudales de gracia, de perdón, de virtud y de amor.

Cerca del balcón, en un marco de madera amarilla, cuidadosamente barnizada, un grabado holandés de preciada labor artística: San Ignacio y los cuatro primeros Generales de la gloriosa Compañía.

Sobre la mesita un libro elegantísimo, de soberbia pasta azul salpicada de estrellas: la "Historia de Nuestra Señora de Lourdes, por Enrique Lasserre;" y un álbum que contenía vistas de Loyola.

Completaban el todo, un tapete empalidecido y una lámpara grande, pero modestísima, cubierta con una pantalla verde, de papel plegado.

Doña Dolores y sus hijas hablaban en voz baja, temerosas, sin duda, de turbar aquel profundo y religioso silencio. Temía la dama que el buen P. Anticelli tardara en salir, y, fija en la idea del viaje, lamentaba ya el separarse de Pluviosilla. —"Cómo, las tres, iban á echar de menos Santa Marta! ¡Qué falta iba á hacerles el buen P. Anticelli!! ¡Le debían tanto, tanto, tanto! ¡Qué de buenos consejos! ¡Qué de dulce y amable consuelo en días de llanto y de dolor! ¡Qué tino y qué acierto para dirigir á los muchachos! ¡Sin el P. Anticelli no sería Pablo tan activo, tan laborioso y de tan buenas costumbres! ¡Sin el cariñoso jesuita, Ramón no sería tan estudioso!

Oyéronse voces en el corredor, y por frente á la puerta de la sala pasó poco á

poco el P. Anticelli, seguido de un caballero de aspecto distinguido y elegante, forastero, sin duda, pues ni doña Dolores ni Margarita le conocían.

No tardó en venir el sacerdote, el cual, con el bonete en la mano, se entró en la sala afable y sonriente:

—¡Ma!... ¡Ea! ¡Bien venidas seais! ¿Cómo va Dolores? ¿Cómo estais hijas mías?

Y al ver que las señoras se levantaban, el sacerdote les indicó con un movimiento de sus manos nerviosas y exangües que volvieran á sentarse.

—¡Sentaos! ¿Cuándo es la partida?

—Mañana.

—Venis oportunamente... Deseaba yo veros y hablaros, como debo hacerlo, en vísperas de ese viaje que... ¡no me gusta! ¡Sí, mi señora; sí, hijas mías, no me gusta!

Y el P. Anticelli encogió la nariz, como si hasta ella le llegase algo mal oliente.

